





PRANTO



Christian Rodríguez

PRANTO



Primera edición: noviembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Christian Rodríguez

ISBN: 978-84-17548-66-7

ISBN digital: 978-84-17548-67-4

Depósito legal: M-33396-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi pareja.*



## PRÓLOGO

*Sueña el rey que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso, que recibe  
prestado, en el viento escribe,  
y en cenizas le convierte  
la muerte, ¡desdicha fuerte!  
¿Que hay quien intente reinar,  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte?  
Sueña el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza,  
sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende,  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende.*

*Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño:  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.*

Una, dos, tres gotas, tres lágrimas suenan contra el suelo del maletero. Es suave el fluir del tiempo, los segundos transcurren, lentos, pausados, fríos y mecánicos. Nada sucede desde una casualidad, nuestro dolor se enciende y asciende, cae y emerge, fluye, se detiene y vuelve a comenzar. Nuestra alma es el gran hormiguero de túneles para las estrategias de una gran guerra; somos el resultado de la catástrofe fatídica de la triste tragedia griega.

Aspiro a través de mis ojos el aroma de su piel, veo a través de mis dedos su dulce, suave y acaramelado tacto; oigo a través de mi olfato su profundo, hondo e incurable dolor al emerger al exterior: me impregno del aroma de la frustración bajo el sueño de tentar salvarla, nuestros cuerpos tiemblan y yo escalo los escaños de negra desesperación empeorando poco a poco.

Susurro su nombre como otro fracaso de mi propósito soñado, la ilusión de hablar suave, tranquilo, meloso y amoroso se desvanece consumida por la rabia de mis mejillas, pero, cuando ella me escucha y su cuerpo se detiene exiliando al recuerdo sus lágrimas, todo resulta estático, como la aguja de un reloj que ya no se mueve. Me habla y casi parece que escucho los versos de Ovidio o las declaraciones de amor de Romeo y Julieta. Siempre admiraré su determinación, pienso, mientras nos besamos a través de nuestras palabras, porque nos ha sido vetado con nuestros labios.

Sentimos cada vez más cercana la homérica tragedia cuando el motor del coche deja paulatinamente de sonar, como un niño que se cansa de tanto llorar; la regresión se agota: el coche se detiene. De repente, todo reaparece en una escala de grises y siento alejarse la textura del saco que nos aprisionaba el rostro para mostrar su imagen, sus cabellos despeinados, su rostro de sangre seca, sus ojos rojos y sus lágrimas teñidas de carmesí al caer. Somos del color de la tragedia del siglo XIX. La sujeta, cual canino por el cuello, y ella se retuerce cual reptil gritando una ayuda que no llega. Él le ha golpeado sobre su rostro y acaba de caer al suelo: expiro el suspiro del final del llanto desconsolado. El susurro de la

muerte parece acercarse. Siento su aroma fétido en mi nuca, sus manos envolverme y sus fauces a punto de morderme. Pero sin ella a salvo no puedo permitirme morir.

Se acerca a mí, me agarra del brazo y me lanza volando lejos del malletero; al chocar contra el suelo me siento rodar, llenándome de heridas ensangrentadas, tierra y dolor. Intento incorporarme, pero al mover mi cuerpo recuerdo como un mal chiste que tengo las piernas como los brazos, atados. El dolor parece el de la pupa de un niño cuando me arrastro por el suelo como un gusano; mi mentón se hiere cada vez más al dejar por detrás de mí un tenue rastro de sangre. Veo su cuerpo en la lejanía, yaciendo delicado, frágil, inofensivo, sobre el suelo. Sus brazos, piernas, hombros, rostro, entornados rojizos, color bermellón nacido del dolor de un cuerpo ante la desesperación. A través de sus párpados cerrados casi puedo ver su interior, exhausto, destrozado, casi vacío como un gran abismo. Mi pecho se acelera más y más, sus latidos brotan certeros matando con cada pulso un ápice de mi razón, ya pronto no quedará nada de ella. Estoy cerca de enloquecer.

Le veo acercársele y me consumo por dentro como si una fuga de gas acabase de implosionar, desgarró mi garganta con su nombre y apuro con una esperanza que no llega a cumplirse. Él me grita que me calle, la sujeta del brazo, deteniéndose mi corazón, y la lanza volando hacia mí.

Al intentar apartarme, hago que nuestras cabezas se choquen y ambos quedamos aturdidos: al menos ahora la tengo cerca. Estoy aspirando de nuevo su aroma y ya casi parece que nada importa cuando ella abre los ojos y puedo ver el opaco cristal de su mirada sin reflejar absolutamente nada. Susurro en un llanto su nombre, pero no me oye, mi corazón se parte y destruye en miles de mitades sucesivas hasta ir quedando reducido a meros escombros. La catarsis del shock comienza a alzarse como un imponente soberano.

Nos levanta a los dos por el cuello, la miro, observo su rostro y la ira me domina cuando el sollozo se detiene e intento zafarme de su agarre mientras él me golpea en el estómago. El dolor me deja encorvado, pero, cuando nos suelta las manos, me lanzo a abrazarla, a rozar su rostro, sentir sus labios, aspirar de cerca su olor. Sus brazos tiemblan cuando se acercan a mí, pero encienden una cadena de luces dentro de mi alma: ¿Aún estás ahí? El sueño renace en mis manos; trémulo, le su-

surro cuánto la quiero y, entonces, él nos empuja al acantilado en cuyo  
borde estábamos.

Quedó la quietud del silencio.

## CAPÍTULO 1

*O teito é de pedra.  
De pedra son os muros  
i as tebras.  
De pedra o chan  
i as reixas.  
As portas,  
as cadeas,  
o aire,  
as fenestras,  
as olladas,  
son de pedra.  
Os corazóns dos homes  
que ao lonxe espreitan,  
feitos están  
tamén  
de pedra.  
I eu, morrendo  
nesta longa noite  
de pedra.*

CELSE EMILIO FERREIRO

La estela de luz abrió mis ojos y en mi pecho brotó un compás acelerado.

¿Dónde estás?

Sesgando la superficie del aire, volaron mis pupilas en una conversación con el espacio blanco mientras un escalofrío de ansiedad ascendía como fiero demonio enemigo a través de mi espalda. Parecía oírse el fino rumor de la gotera incesante en aquellas frías paredes de cemento que regresaron a mi memoria como el dolor de una herida que, al morverte, te recuerda que aún está viva. Los puntos oscuros de los sucesos comenzaron a esclarecer cuando el eco de su voz encendió mi mente como una chispa.

—Vamos chico, cálmate.

Nacieron y volaron cientos de nuevos pensamientos: en mi mente paulatinamente, el inicio del sentido daba final a la antigua calma. Aspiré la desesperación cuando miré hacia delante. Parecía la silueta de un Caronte reclamándome las monedas del pago del viaje a través de la Laguna Estigia. Se impacientó, intranquilo.

—Ya sé que no entiendes nada, pero pronto todo te será revelado; no temas. Ahora debes escucharme. Voy a hacerte una pregunta: ¿sabes dónde estás?

El silencio volvió a hacerse, siendo solo roto por mi agitada respiración. Su rostro se escondía bajo la sombra oscura de la capucha, solo alcanzaba a ver sus labios finos rodeados de una ligera y casi imperceptible barba. La túnica que él vestía era negra, hasta los pies, de una profundidad negra inacabable. Su voz era fría, mecánica, certera y sin vacilación.

—Cuanto antes me respondas, antes te irás de aquí —dijo.

—No sé dónde estoy.

—Estás muerto.

Ascendió otro escalofrío por mi espalda mientras todo en mi mente comenzaba a resurgir como el despertar de un mal sueño en el que la pesadilla que se soñó se hizo realidad. Sentí el golpe del mareo estam-

parse contra mi rostro, desestabilizándome y tirándome contra el suelo. Sobre mi cuerpo malherido seguían resurgiendo sentimientos y pensamientos que se entretejían en mi mirada de incógnitas clavada en el fondo de su pupila oscura que relucía entre las tinieblas de la capucha. Parecía la tragedia del protagonista luchando contra su inquebrantable destino aciago. Entonces fue cuando volvió a hablar.

—Mi nombre es Amadeo —proclamó—. Sígueme

Rehuyó, del contacto de su mano, la mía, bajo el fiero hechizo de los traumas ascendiendo veloces a través de mi espalda. El desenfrenado latido constante de mi pecho era el compás que resonaba sin cesar como el fondo de tambor que adornaba mis pensamientos en shock estrujándome como serpiente escurridiza, el recuerdo de sus ojos zafiro, era la aparición oscura que creaba lívidos claros que iluminaban rincones perdidos de mi mente. Mis agarrotadas manos se ocupaban de recordarme el pavor que aquel ser me producía cuando al fin hice caso a sus señas y me levanté para seguirle a través de la habitación hasta un hueco que se perdía como un precipicio infinito en la lejanía. Su voz sonó tras de mis oídos erizando cada bello de mi piel, fría, severa, como la caricia de una mano helada. Sus últimos matices delataron la ausencia de su mente, perdida en algún sendero desconocido y, entretejido en el fondo de sus palabras, una sombra oscura se atravesó como el río atraviesa el valle entre las montañas.

—Cuando caigas ahí, desaparecerás. Volverás a formarte, después, como Ereo, es decir, lo que llamáis fantasmas.

Mi pensamiento componía una pantomima de huecos sentimientos latiendo como los que están vivos. Extrañaba mi cuerpo derruido, la soledad de los pasillos oscuros, el sin sentido de la locura. Las abominables renderizaciones del inmenso dolor y desesperación que me invadían como el interludio entre el infierno y el paraíso. Los destellos de luz lunar mofándose de mi desgracia al contemplar los desenfrenos que masacraban mi razón y juicio, trastocándolos en realidades de destrucción. Bajo el blanquecino abismo recordé la tenue oscuridad de sus pupilas, rodeadas por su delgado zafiro que, en demencia, percibía mi luz demacrada.

—Te voy a ayudar, no temas.

Una ligera descarga se depositó con suavidad en mi nuca, comenzando a desatar temblores que no llegaron a producirse. Rápidamente,

como si hormigón comenzase a solidificarse sobre mí, comenzaron a entumecerse mis dedos desgarrados, luego mis brazos y, por últimas, mis piernas. Mi vista empezó a cansarse mientras mis párpados caían suaves para unirse en la fina línea en la que siempre se unían. Un sopor indescriptible e indescifrable que invadía cada fragmento de mi ser. Se antojaba como mi sueño ideal.

—Volveremos a vernos, Eric —oí, como un susurro extraviado en la lejanía.

Me cerní indefenso, como un niño al nacer, en la súbita caída cuyo suave viento acariciaba con delicadeza mi rostro. Mis pensamientos creaban combustiones atómicas de destrucción sin par. Todo comenzó a evaporarse en un repentino hervor y en poco ya no quedaba más que los lazos oníricos que exacerbaban aquellas pérdidas sensaciones surrealistas y se enredaban cual madeja liosa a mi alrededor.

Colisioné en un súbito impulso contra aquel suelo blanquecino e irreal que apelmazó y subyugó la caída como una enorme masa de esponja. Tras rebotar sobre ellos, mi cuerpo ascendió rápido y permaneció estático como la nube en medio del vasto firmamento para dejar florecer un inmenso dolor mientras titubeantes destellos incandescentes acababan por conjeturar el último acorde de la melodía mefistofélica conjurada por aquella estampa infernal. Se escabullían los gritos de entre mis labios como en el interior de un lívido sueño en el que mi levitante silueta estática se retorció ante el punzante dolor adyacente que surgía de las profundidades de mi cuerpo. Todo simulaba un eterno claroscuro siniestro de roja sangre que se encendía para apagarse como una bombilla al juego de un infante. Recuerdo el pavor de mis ojos al abrirse súbitos mostrando, tras la difusa silueta que precede al claro detalle, el pequeño gramaje en el que mi cuerpo comenzaba a descomponerse desde la punta de los pies.

La desintegración continuaba su ascenso ya en mis tobillos cuando, sobre los primeros granos de mi desmenuzado cuerpo, nació una flameante llama de silueta voluble que ardía en su reflejo en mis pupilas. El dolor se enredaba en mis piernas por encima de esas cenizas que comenzaban a reposar sobre el suelo cuando desprendí un último pestañeo antes de ver arder lo que quedaba de mi maltrecho cuerpo. Quedó la calma tras la tormenta, el silencio tras el barullo, la realidad tras la apariencia.

Un intenso destello bermellón precedió el reunificar de mis cenizas que como las de un fénix me recompusieron. Mi vida continuó existiendo, soñando con su inmediato fin. Se reunificó, renació en un estallido de desilusión y sinsabor, recordándome dolores que mancharon mi nuevo corazón. Descendí en una caída amena. Suave, simulaba otra ceniza medida por el viento. El vacío de la desilusión aumentaba a cada instante, absorbiendo cada uno de mis pensamientos. Foto—secuencias con todas mis vivencias se alternaban en mi memoria, recordándome cuán angustioso había sido siempre mi pasado. Los recuerdos componían una melodía triste que dominaba mi pecho, constante, de un dolor frío y eterno. Mis lagrimales desobedecieron mis órdenes revelando mis lágrimas al surcar todas las concavidades y desniveles que mi rostro posee. La tristeza y la amargura se combinaban con la penumbra de mi alma en un fatal compuesto que derruía, todavía más, mi espíritu y razón. Mi nudo cuerpo titubeaba entre temblores sin medida y oscilaba, casi a cada segundo, entre los feroces gritos de mi ira y los amargos llantos de mi miseria. Permanecían cerrados mis ojos ante un iluso intento de huir de este mundo cruel.

Sin que me percatase, dos esferas luminiscentes centellearon nerviosas e inquietas alrededor de mi cuerpo, tejiendo ropas que relucían como perlas azabache en la penumbra. Se bordaban sus muñecas, holgadas, en suave hilo blanco que simulaba una constelación en el fondo oscuro de la noche. Su cuello, ligeramente en pico, se adornaba de tonalidades claras, blancas y puras. Las largas telas negras cubrían mi cuerpo hasta los pies en un festival de ondas marítimas y, sobre mi pecho, se plasmó fuerte e imponente la silueta de aquella azulona luna creciente. Durante su convivencia con el suelo, los débiles pliegues se perdían entre sus propias concavidades y desniveles. Comencé a levantarme destruido y sin sentido en un lento espasmo, sin razón de movimiento, deseando la extinción. Sentí algo apresado en mi cintura y, al pasar sobre ella la mano, sentí la áspera goma blanca que ceñía a mi cuerpo la ropa. Mi cuerpo colisionó contra una pared al tiempo que unía con ella el hombro, desintegrándome en silencio. El vacío se expandía, rechinando y rimbombando por todos los rincones de mi mente.

Mis piernas titubearon unos instantes antes de desplomarse de nuevo, sucumbiendo a la mella del cansancio exhausto de los temblores de mi cuerpo. Mi torso sucumbió contra la mullidez del suelo. Mi vista se

nublaba supurando el cansancio. Mis párpados comenzaron a cerrarse pesados, suaves, cálidos. Caí en el mar del sueño en un último exhalo de sus recuerdos.

Me invadió el cráneo un intenso dolor, mis manos lo sujetaron con fuerza soñando que quizá podrían remediarlo cuando mis ojos se abrían dejando atrás el sueño. Carraspeaba en mi mirada el sufrimiento latente de mi dolor, entrelazándose con el presente y el pasado. La soledad se hizo presente en todo mi ser, convirtiéndose en un profundo abismo. El dolor se expandía a través de mi cuerpo, los recuerdos eran escaños de desesperación. De nuevo, cerré los ojos y sentí el arder de dos lágrimas al caer. ¿Vida? ¿Muerte? ¿Felicidad? ¿Sufrimiento? Todo era una vana pantomima.

Con cansancio, recuperé la fuerza de mis brazos que me ayudaron a incorporarme. Sentí un mareo al ver como todo daba vueltas, era una visión turbia, nublada y cansada. Poco a poco el remolino se fue deteniendo y la habitación blanca volvió a ser nítida. Mi mirada se perdió en un punto fijo, inamovible, como la mirada perdida de algún loco.

Moví mis piernas por instinto tras unos minutos; el silencio era inquebrantable y el desánimo del zumbido que ya se había unido a él. Un suave viento comenzó a acariciar mi rostro. Avancé hacia delante con mi vista tambaleándose a cada paso en dirección de la brisa que me acompañaba en la pesadez de mi caminar tenue cuando alcé mi cabeza y observé la claridad de un nuevo día desbordando el marco que enmarcaba el espacio abierto que, supuse, era una puerta. La atravesé la primera vez de muchas que serían en el futuro.

Me embargó la sorpresa nada más salir. El horizonte se hallaba lejano, perdido en el infinito, junto con un pavimento rúnico que inscribía cientos de jeroglíficos indescifrables. Alcé la vista al cielo para encontrar cientos de gráciles aves blancas recubriéndolo, puras en cada una de sus plumas de cristal. El sol se entremetía entre las aves de la bandada en finos rayos sesgados que parecían un paraíso tropical. Simulaba el sueño de un pequeño niño inocente.

En un instante, la línea de la lejanía se tornó rojiza. Comenzaba a atardecer. Mi vista se volvió a alzar al cielo. Las claras nubes mostraban tonalidades encontradas entre el naranja y rojo bermellón. Las hermosas aves cambiaban sus colores también ante esas tonalidades. En esta ocasión pude observar una anomalía en sus patas: sujetaban pequeñas piezas

amarillentas que destacaban más entre los nuevos colores. Una de aquellas hermosas aves se despidió del conjunto en el que se encontraba y fue descendiendo hacia mí.

Cuando consiguió entre sus gráciles movimientos alcanzarme, pude ver lo que cargaban en sus patas: era un papel enrollado. Con elegancia y sutileza, depositó sus patas de cristal sobre mi cabeza y permaneció allí. Dejó caer el minúsculo pergamino sobre mis manos. Sentí su débil rugosidad al cogerlo del suelo. Lo abrí; una esfera luminiscente emergió de golpe, revoloteando por el aire, descontrolada, como un pequeño tifón. Danzaba un baile de incertidumbre y confusión. Se detuvo en seco para, segundos después, introducirse en el cuerpo de la hermosa ave.

—Hola, pequeño Ereo.



## CAPÍTULO 2

Mi cuerpo tembló. El ave había comenzado a pronunciar palabras. Salté alborotado intentando echarle de mi cabeza. Un miedo irracional me absorbía mientras los gritos de pavor habían tomado por completo la calma y paz de aquel hermoso y maravilloso lugar de ensueño. Supongo que cuando tus sueños son pesadillas, todos los lugares son tus pesadillas que, en realidad, solo son recuerdos del ayer.

Su voz delataba su impureza racional. Con hermosura y elegancia se elevó de mi cabeza. Mi respiración se agitaba con ímpetu y frenesí al tiempo que se tensaban de manera ágil todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo y un dolor sordo colapsaba en mi cráneo. Sentí mi cuerpo titubear para después caer de bruces sobre el pavimento rúnico. Una arcada ascendió por mi pecho agolpándose, fiera, contra mis labios que pronto colapsaron haciendo explotar el líquido viscoso que salió despedido como sangre voluble que se estampó en seco contra el suelo. Caí abruptamente, un poco de saliva descendió a través de mi mejilla, entonces toda la tensión de mis músculos se desmembró cayendo como una muñeca de trapo. Observé unos instantes al ave que sobrevolaba mi cuerpo a unos metros de distancia y descubrí, trasluciéndose en sus ojos, una triste mirada compasiva.

—Todo lo que tenga voz te aterra, ¿no es así?

La tensión resurgió en mí. Su aguda voz sonó apenada, cercana a la misericordia. No necesito la compasión de nadie. Los recuerdos se plasmaban en mi memoria, haciéndome sufrir la esclavitud de su tortura encarcelados en los tenues faroles de amarillo parecer que vagaban por el firmamento de mi mente. De entre su tenue luz, en algunos se podían divisar los instantes que encerraban, mientras que, en otros, solo había

un fondo vacío. Quizá, esos huecos sin color eran aquellos recuerdos que aún hoy no puedo rememorar.

Abrí mis ojos, asombrado. Sus pequeñas patas se depositaron de nuevo sobre mi cabeza revolviendo mis cabellos y rozando, en algunas leves partes, mi piel. Descendieron sus gráciles alas, antes desplegadas, acomodándose sobre su cuerpo de cristal. En aquel acto, una suave y perfecta pluma de ellas se había desprendido. Revoloteó mágicamente en el aire siendo llevada en suaves vaivenes por la calidez abrumadora del viento. Simulaba que invisibles cuerdas tiraban de su ligereza en todas las direcciones. Observé su blanca y pura hermosura mientras descendía. Se arrió con suavidad a mi rostro, su extremo rozaba mis mejillas. De nuevo, el blanco ave comenzó a hablar.

—Yo soy la mensajera del Dios que todo lo sabe y observa.

Dios que todo lo sabe y observa... Sentía cómo mi mente comenzaba a regurgitar. ¿Existiría tal Dios? Era como el cuento que una abuela narra a su nieto antes de morir, ¿cuán cruel podría llegar a ser?

—He sido enviada para guiarte e informarte —continuó—, incluso poseo esta voz para ese único fin, pero no debo retrasarme más.

Las dudas me invadían creándose unas tras otras; mi mente funcionaba como hacía tiempo no había hecho. La neblina me dominaba como acompañante de mis músculos al volver a tensarse en recuerdo de aquellas vivencias de antaño y, mis labios, eran mordidos por mis dientes para intentar suplir mi grito.

—Tu vida de Ereo se liga a los infortunios. Aunque en tu vida ya has sufrido, deberás continuar actuando. —Una sonrisa melancólica se comenzaba a esbozar con peculiar ligereza en mi rostro— Existen tres tipos de Ereos: los Nórmales, los Ángeles, y el tuyo, los Áureos. De los tres, el tuyo es, a la vez, el más y el menos afortunado. Poseeréis grandes poderes y habilidades; nuevos dotes para aprender y una inteligencia potenciada en comparación con la de vuestra vida anterior. Pero tendréis una desventaja: realmente solo existís para detener, junto con la ayuda de los Ángeles, a los demonios, almas puras consumidas por la maldad del diablo.

Se podía palpar la melancolía que me invadía en aquella sonrisa. Los pensamientos que mi mente dominaban, divagaban entre la tristeza y trazas de la desolación que se entremezclaban conjurando un profundo, constante e inquebrantable desasosiego. Lo oscuro obstruía la luz de los

candiles; las serenatas bajo la luz de la luna se mostraban clarividentes en aquellos faroles de amarillos destellos que me comenzaban a invadir. Todo era un chiste de mal gusto.

—En este mundo solo permanecerás un tiempo. Esta solo es la transición para llegar al verdadero Más allá. Pero, para llegar allí, primero se debe superar la purga del alma que nos dice si de verdad eres digno de acceder a él. —Su voz de chirriante timbre devoraba mis tímpanos— Serás en ese momento juzgado y, entonces, accederás a tu segunda vida eterna e infinita. Existe un alma que corrompe las demás, que busca las más débiles para atacar y luego conquistar su corazón. Es el alma del diablo, caer en su trastorno es el verdadero infierno que aquí existe.

—Cuéntame, ave que Dios me envía, ¿qué es la maldad? —Las palabras se estrellaron contra mis labios sin que pudiese retenerlas— Tal vez sea únicamente la visión tirana de vuestro Dios... —En su ojo negro se plasmaba su indignación— ¿O tú puedes decir con certeza qué es realmente? Solo observamos lo que queremos ver. No tienes idea de lo que es la maldad.

Los segundos transcurrieron lentos. Pronunció aquellas palabras: «Es posible que... solo sea la visión tirana de un Dios cruel, pero para nosotras, sus aves del paraíso, es la realidad. A partir de hoy estás al servicio del Dios de cuya existencia dudas. Puede que me odies al escuchar lo que te diré, pero supongo que es inevitable. Aquel lugar blanco del que acabas de venir será tu hogar a partir de hoy; se reformará para que puedas vivir en él. Sin embargo, no será solo tuyo, pues tendrás una compañera que lo compartirá contigo. Supongo que no quieres conocerla... Pero me temo que ese deseo es imposible. Adiós... Te deseo la mejor suerte del mundo».

Sus alas, hasta entonces abatidas, se desplegaron alzando su esbelta figura al cielo; poco después alzó el vuelo, perdiéndose en el firmamento inmenso con las hermosas tonalidades que se detonaban en cada una de sus delicadas plumas danzando con el viento entre el rojo más bermellón y el más claro rosa. Entre tanto, el temor comenzaba a manifestarse en mi cuerpo como alfileres infinitos en mi pecho, haciendo desbordar la sangre en mi interior. Un brote de sorpresa nació en mí. En el reflejo de mis ojos anonadados en el hastío se imprimían las imágenes de la sorpresa. La luz clara desbordaba a borbotones en aquel orificio hueco

rectangular que simulaba el irreal foco de una bombilla. Mi cuerpo comenzó a descender por el marco luminoso que me rodeaba al tiempo que la ansiedad tomaba mis riendas. Mi vista se había perdido, cegada por el exceso de luz: mis ojos solo podían ver oscuridad. Mi corazón pareció detenerse cuando, al conseguir aclarar la mirada, pude ver el fondo de una habitación de piedra en la cual yo estaba en el techo.

Mi respiración se perdió en el eco resbaladizo de aquel húmedo lugar. En mis labios podía sentir una fría brisa moviéndose escurridiza como serpiente. Me desprendí del techo del que había emergido como una gota al caer del grifo del agua. Se detuvo mi respiración, un espacio hueco se formó en mi pecho, un nudo ante la velocidad de la caída que precedía al golpe contra el frío y húmedo suelo de piedra oscura y gris en un estallido de dolor que se materializó en un ahogado grito de sufrimiento esparcido resbaladizo por todo aquel lugar. Reposé en el nublarse de la vista, en el dolor del cráneo, en el sopor del enturbio en el que me hallaba sumido. Paulatinamente mi vista fue centrándose y, de nuevo, todo se volvió nítido. Con la feble seguridad de mi vista y mi cuerpo entumecido por el golpe y el frío, pude comenzar a ver dónde estaba. Las paredes de piedra rezumaban humedad. La oscuridad se regocijaba en el lugar, dominándolo todo por entero. Renacieron nostalgias de mis recuerdos: todo parecía como entonces. El carmesí se mostró en mi memoria. Mis brazos se elevaron hasta mi cráneo y lo sujetaron con fuerza. Anhelaba aprender a olvidar.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí de esa forma, puede que segundos, minutos u horas. Se relajaron de mis manos los músculos. La buhardilla impenetrable, cochambrosa, reluciente en polvo del poco uso, había encerrado todos mis recuerdos. Sus barrotes de hierro templado impedían su salida, mas sería inevitable que escapasen tarde o temprano.

Al abrir los ojos volvieron a mostrarse las siluetas de las cosas; sentí el frío de la brisa entremetiéndose por mi cuerpo. Conseguí levantarme para después asombrarme de lo que podía ver. En la penumbra se encontraba ella, la que seguramente sería mi compañera. Mis pasos se aceleraron. Mi cuerpo era llevado hacia aquello que mis ojos observaban. Todo se mostraba irreal.

Lo púrpura que conformaba aquella esfera traslucida levitaba con armonía en el aire, rozando lo enfermizo. La observé. Lo caoba de sus

cabellos enmarcaba su rostro en perfección absoluta; sus párpados, me impedían observar todas las incógnitas que pudiera encerrar en su mirada. Su cuerpo se hallaba nudo, levitando en posición fetal en el centro de aquel espectro, cubierto por aquel abismo de color blanco de cada una de las delicadas plumas de su espalda. Parecía un ángel.

Mis manos se aproximaron a aquel púrpura color. Sus ojos se abrieron: mi vista se perdió en la profundidad esmeralda de su mirada.